

FESSER, Guillermo *Cuando Dios aprieta, ahoga pero bien. Cándida: memorias de una asistenta*, Ed. Temas de hoy, Madrid 1999, y MC COURT, Frank *Las cenizas de Angela*, Maeva ediciones, Madrid 1997.

En los últimos años han aparecido diversos libros, que se confeccionan a partir de retazos de memorias, sea esto lo que sea, no voy a entrar en esta discusión. Disponemos de las experiencias de actores, periodistas, políticos, etc. Sin embargo, hay dos publicaciones que han tenido un gran impacto editorial, son memorias también, aunque no de personas relevantes desde el punto de vista político, artístico, o profesional. Tampoco hablamos de grandes aventureros, nos hallamos ante personas corrientes, sin embargo el éxito editorial de sus memorias ha sido inmenso. Me refiero a las historias de Frank McCourt, y de Cándida. El primero, un niño irlandés, que tras emigrar durante un breve tiempo con sus padres a EEUU, retorna a su Irlanda natal. La segunda, una española andaluza, que se traslada a trabajar como asistenta a Madrid.

Ambas historias si bien son muy diferentes tienen un punto en común, relatan historias tremendas de pobreza y miseria, sin embargo las dos están tratadas bajo la perspectiva de un humor desenfadado, que hace decir al crítico del New York Times, que comenta el libro de Frank McCourt, «el lector no sabe nunca si debe llorar o reír a carcajadas». Lo mismo ocurre con la historia de Cándida, que pese a su dramatismo es considerada por el crítico encargado de escribir la portada como una obra delirante. Bien, los pobres también ríen.

Otro punto en común que tienen ambos libros es el enorme éxito editorial. En el caso del libro de Frank McCourt, avalado por el premio Pulitzer, entre otros muchos. En el caso de las memorias de Cándida, el éxito ha sido también enorme, editado en 1999 debe estar ya cerca de la décima edición.

Desde el punto de vista metodológico, sin embargo, son dos libros diferentes: en el primer caso, el de Frank McCourt, se trata de memorias relatadas y escritas por la propia persona que las vivió. Ahora bien, el libro pese a ser escrito cuando el protagonista tiene cerca de 60 años, la perspectiva que adopta es la visión de las cosas que él tenía en el periodo que va de los tres o cuatro años a los 18, cuando el protagonista decide emprender de nuevo, esta vez solo, la aventura americana.

El caso de la redacción de la historia de Cándida es distinto. Como dice el comentario elaborado en las solapas del libro: «la protagonista conoce al autor escondido detrás de una cortina, cuando va a solicitar trabajo a casa de sus padres». Una relación, pues, de muchos años, que se desarrolla de una manera especial a partir de la colaboración de Cándida, como comentarista de cine en el programa de radio, que cuenta con una gran audiencia, que dirige el autor del libro con su hermano, quienes forman un equipo de humor llamado «Gomaespuma». A raíz de un viaje que realiza el autor a Nueva York, acompañado de su mujer, su bebé, y Cándida que va con ellos para ayudarles, es cuando se gesta el libro. Lo que caracteriza al libro de Guillermo Fesser son los juegos de palabras, que se basan en la riqueza del andaluz, que trata el castellano, convirtiendo los «errores lingüísticos» en auténticas interpretaciones novedosas y sugerentes de la realidad, que se torna infinitamente más diversa y rica. Un ejemplo fascinante es cuando Cándida «confunde» la tristeza que los médicos llaman «depresión», y que ella acaba por

darle un contenido infinitamente más rico, cuando la denomina «represión». ¿En qué medida las depresiones de las mujeres no representan una «represión» previa, me pregunto, a la luz de la sugerente equivocación de Cándida?. El libro está lleno de estos detalles.

Ambos libros encajan aunque de forma «políticamente incorrecta», con una nueva oleada de libros de memorias. Más allá de las modas editoriales, que las hay. Estamos asistiendo a algo que ocurrió ya a finales del siglo pasado. La polémica entre la historia basada en datos estadísticos, documentos escritos, y en pretendidas leyes científicas, y, por otro lado, la historia idiográfica, basada en las experiencias de vida.

El uso de historias de vida ha sido muy contestado desde el punto de vista metodológico. Pero en sí misma, la historia de la técnica de historias de vida es amplia y diversa, y esto me parece una gran ventaja. La «verdad científica», (que por otra parte es desdeñada por los físicos y asumida como bandera por muchos científicos sociales) no parece ser un criterio operativo en esta metodología. Guillermo Fesser, dice en su prólogo «No he contactado testigos, ni he cotejado los hechos con nadie. Pero sé que Cándida no miente». En cualquier caso la memoria, al igual que la historia, es un proceso de reinención.

Un ejemplo sumamente interesante para esta discusión es el que proporciona el libro ya antiguo, data de 1958, del escritor republicano español Max Aub, titulado *Jusep Torres Campalans*¹. El libro se organiza como una historia de vida de un pintor contemporáneo y amigo de Picasso, en la Francia anterior a la Gran Guerra. Como dice el comentario de la contraportada del libro: «La aparición del libro causó auténtica sensación; tanto el rigor de la presentación (aparato de notas y bibliografía, recopilación de testimonios personales y de juicios críticos publicados en revistas, documentos autógrafos, textos de estética, correspondencia y catálogo de la obra del pintor) como las exposiciones de cuadros «recuperados», que acompañaron en México y Nueva York al lanzamiento editorial contribuyó a que muchos lo saludaran como una decisiva contribución a la historia de las artes plásticas contemporáneas». Realizándose incluso alguna tesis doctoral. Un único problema: Jusep Torres Campalans, no existió nunca, era un personaje inventado por Max Aub. Ahora bien ¿es esto un problema?. Como decía Jean Cassou en el prólogo de la edición francesa: «Todo se esclarece para nosotros en el momento que admitimos que Campalans es tan posible como Picasso y Picasso tan hipotético como Campalans».

Para acabar retomo mi título de telenovela: los pobres también ríen. Mi experiencia como antropóloga me muestra que si bien es verdad que las experiencias vitales más duras suelen, en ocasiones, ir acompañadas de un coraje y un sentido del humor, sin el cual sería casi imposible vivir y no caer permanentemente en un, en palabras de Cándida, «estado de represión», no podemos quedarnos en la lectura superficial de estas historias. Si bien es verdad que los pobres también ríen, hay un punto de desesperación y de conciencia de la injusticia social que no deberíamos olvidar, si no queremos perder el respeto por los seres humanos y por su dignidad.

BEATRIZ RUIZ

¹ AUB, Max *Jusep Torres Campalans*, Alianza, Madrid 1975.